Adrienne von Speyr,

Jn 17, 23ª *yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno,*

el Señor se ha entregado a los hombres de tal manera igual que el Padre se ha entregado a él: totalmente y sin condición. Puesto que el Padre se ha entregado de esta manera, con la total infinitud de la divinidad y de amor divino, por eso el Hijo está abierto para un amor infinito, imposible de encerrar e inquebrantable. Por eso también el humano al que inserta en su amor, podrá amarlo de manera inquebrantable y en un crecimiento perpetuo. El amor humano, separado de Dios, siempre será finito. Es verdad que anhela una unidad suprema; sin embargo cuando se ha llegado a una altura, por ejemplo la unión corporal, quizás otra cosa, entonces también se ha llegado a un límite y comienza el descenso. Más aún todo enamoramiento es limitado y pronto choca contra su límite: rápidamente se disuelve la imagen ideal del amado y sobriamente se descubre sus fallas. Es imposible amar a un humano con un amor inquebrantable, infinito cuando se está separado de Dios. En cambio, el amor al Señor es infinito porque el Señor mismo regala algo de su propio amor inquebrantable e infinito. Como que nos inspira este amor.

Este regalo del Señor a nosotros es la eucaristía, pero ahora ya no a considerarse como simple presencia del Señor entre nosotros, sino como el proceso vivo de mediación del amor: como Misa. Aquí el Hijo llevando dentro de sí el amor del Padre, camina todo el camino terrenal con nosotros y dentro de nosotros. La Misa es esencialmente unión.